

¡YUCK! EEEW! ¡INTORELABLE! ¡ASQUEROSO! ¡DE NINGUNA MANERA!

Sin lugar a dudas, algunas de estas reacciones podrían haber acompañado a la declaración de Jesús cuando dice de "comer mi cuerpo" y de "beber mi sangre". Años (generaciones) de leer y escuchar estas palabras del sexto capítulo del Evangelio de San Juan y al proclamarlas durante la narrativa institucional de la Oración Eucarística en la Misa, nosotros nos hemos vuelto, si no inmunes, y en el mejor de los casos, sin duda confortables con ellas. Pero para los originales oyentes, estas palabras de Jesús provocaron conmoción, ridículo y (como veremos la semana próxima) un rechazo directo hacia él, y que llevó a Jesús a preguntarles a sus discípulos si también ellos querían dejar su compañía. Las palabras de Jesús y la reacción de la gente provocan *dos preguntas*. *¿Cuál es el lugar de la Sagrada Eucaristía en mi vida de fe? ¿Y si tiene algún efecto (o podría tener) en mi vida?*

Como en otros lugares en su Evangelio, San Juan emplea un recurso literario de incompreensión, incluso de hostilidad, para llevar a casa las enseñanzas de Jesús. La multitud asume que Jesús está defendiendo el canibalismo (por cierto, una acusación que aún se nos ha tachado a nosotros los católicos, con respecto a la Eucaristía, por algunas sectas cristianas fundamentalistas). Si Jesús de hecho estaba defendiendo el canibalismo, la reacción es comprensible. ¿Entonces qué está pasando? Al identificarse a sí mismo como el "Pan de vida" y su carne como "Alimento verdadero" y su sangre como "Bebida verdadera", Jesús dice que lo que fue prefigurado por Dios cuando proporcionó el maná (pan) y las codornices (carne y sangre) al pueblo hebreo en su viaje al desierto que estaban escapando de la esclavitud y la muerte, para llegar a la libertad y vida en la Tierra Prometida, en el viaje del Éxodo y que es celebrada como la fiesta de Pascua judía, y que ahora ha alcanzado el máximo cumplimiento en su persona. La relación personal con Jesús, no es solo de conceptos filosóficos, doctrinales o espirituales de él, sino que al alimentarnos y bebiendo de él, es de ingerir su vida en la nuestra, es la forma en que nosotros experimentamos la libertad de la esclavitud y la muerte del pecado, y nos elevamos a la libertad y la vida eterna en él.

En el capítulo inicial del Evangelio de San Juan, el evangelista proclama que *"Y el Verbo se hizo carne y puso su tienda entre nosotros"* (Juan 1:14). Jesús, el eterno Hijo/Verbo (*palabra*) (la representación exacta de Dios el Padre) unió nuestra carne y sangre humana a su naturaleza divina. En la cultura de la Biblia, la palabra hablada de una persona era más que la comunicación de ideas o sentimientos. Era un encarnamiento de la persona que la

pronunciaba. La palabra de una persona era su persona. A través de su Palabra, Jesús, Dios trajo la creación, incluyendo la vida humana en existencia. Jesús, el Hijo de Dios, pronunció sus palabras "*este es mi cuerpo*"; "*esta es mi sangre*" sobre las creaciones terrenales de pan y vino. Al hacer esto, él los unió a sí mismo. El pan y el vino ordinarios ahora llevan la plenitud de la vida divina. Fue dado a los apóstoles en la Última Cena y a través de ellos a la Iglesia, estas palabras de Jesús continúan llevando a cabo lo que declaran— el pan y el vino se convierten en la persona de Jesús resucitado y glorificado. Jesús, la Palabra de Dios, está verdaderamente presente en la plenitud de su persona en el pan y el vino de la Eucaristía, su "Cuerpo" y su "Sangre". Lo que ha cambiado es el modo de su presencia, no la realidad.

Entonces, ¿cuál es nuestra respuesta a la invitación de Jesús a "comer y beber" de su carne y sangre? Comer y beber la vida de Jesús que es dada para nosotros en la Misa en el acto de la Sagrada Comunión, y nos hace responsables en el "Amén" el que nosotros damos como respuesta *antes de recibir la Eucaristía y el Vino*. Al elegir comer y beber de Jesús, nosotros somos testigos públicos de la elección de convertirnos en lo que consumimos. Proclamamos que nosotros somos y hemos elegido de vivir como el Cuerpo de Cristo, Jesús en nuestro mundo. Entonces, ***¿qué tan dispuesto estoy a renunciar mi voluntad propia y unirme a la persona y voluntad de Jesús, a mí mismo siendo bendecido, quebrado, derramado y compartido para los demás?*** No son preguntas vanas sin implicaciones.

Recientemente, alguien me comentó acerca de las personas que ellos vieron que después de haber recibido la Sagrada Comunión, inmediatamente se fueron de la Misa, lo que los llevó a preguntarse, ¿si quienes hacen esto, no se dan cuenta a quién y qué es lo que han recibido y a lo que se comprometen? (A propósito, mi comentarista era un no-católico que llegó a decir: "Tenemos la Sagrada Comunión con poca frecuencia. Esta es tan especial para nosotros que nunca pensaríamos en comer/beber y correr por la puerta después de participar en ella, como si fuera un drive-thru (*servicio de recibir comida rápida sin abandonar su auto a través de una ventana*) del McDonald, y dado que se supone que la Sagrada Comunión debe tener un efecto en nosotros.)

Como la Sra. Sabiduría, Jesús prepara su fiesta ante nosotros. Conocemos la reacción de sus oyentes originales a su invitación. Él espera nuestra Respuesta a Su Invitación [RSVP, *répondez s'il vous plait*].

Padre Jim Secora